

bam
bú

LA CANCIÓN DEL CUCO

FRANCES HARDINGE

Traducción de Celia Filipetto



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Cuckoo Song*

Publicado por acuerdo con
Macmillan Children's Books.

© 2014, Frances Hardinge, por el texto
© 2018, Celia Filipetto, por la traducción
© 2018, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Mercè López
Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2018
ISBN: 978-84-8343-563-2
Depósito legal: B-20062-2018
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / / 93 272 04 45).

Capítulo 1

Sana y salva

Le dolía la cabeza. Notaba una especie de chirrido, un sonido sin música como el frufú del papel. Alguien había soltado una carcajada para arrugarla luego en una enorme bola crujiente con la que rellenarle el cráneo. *Siete días, reía. Siete días.*

–Calla –pidió con voz ronca. Y se calló. El sonido se desvaneció hasta que incluso las palabras que creyó haber oído desaparecieron de su cabeza como vaho en un cristal.

–¿Triss? –Se oyó otra voz mucho más alta y próxima que la suya, la voz de una mujer–. Triss, mi chiquitina, tranquila, estoy aquí. –Algo pasaba. Unas manos cálidas atraparon las suyas, ofreciéndose como un nido.

–No dejes que se rían de mí –susurró. Tragó saliva y notó la garganta seca y rasposa como el helecho águila.

–Nadie se ríe de ti, cariño –dijo la mujer en voz muy baja y suave, casi un suspiro.

Muy cerca se oyeron unos murmullos preocupados. Dos voces masculinas.

–¿Sigue delirando? Doctor, ¿no había dicho que...?

–Un sueño interrumpido, creo. Veamos cómo se encuentra la pequeña Theresa cuando haya despertado del todo.

Theresa. Soy Theresa. Cierto, lo sabía, pero le sonaba como una simple palabra. No parecía entender qué significaba. *Soy Triss.* Ese nombre era algo más natural, como un libro que cae abierto en una página muy vista. Consiguió entreabrir los ojos; dio un respingo al percibir la claridad. Estaba en cama, apoyada en una pila de almohadas. Sintió su cuerpo como una amplia extensión sujeta con piedras; se sorprendió al verse como un bulto de tamaño normal bajo las mantas y la colcha.

Sentada a su lado una mujer le sostenía la mano con delicadeza. Tenía el pelo negro corto, pegado a la cabeza, moldeado en ondas tiesas, brillantes y rizadas. Una fina capa de polvos faciales le cubría las mejillas disimulando las arrugas de cansancio en la comisura de los ojos. Las cuentas de cristal azul de su collar reflejaban la luz de la ventana y proyectaban sobre su cuello pálido y debajo de su barbilla destellos escarchados.

Cada detalle de aquella mujer le resultaba dolorosamente familiar y, a la vez, extraño, como el mapa de un hogar medio olvidado. Una palabra surgió de la nada y la mente obnubilada de Triss consiguió aferrarla.

8

–Ma... –comenzó a decir.

–Aquí está mamá, Triss.

Mamá. Mi madre.

–Ma... ma... –pronunció como graznido–. No me... no me... –Triss dejó la frase en suspenso. No sabía qué era lo que no se... y al mismo tiempo estaba asustada de cuánto era lo que no se...

–No te preocupes, ranita mía. –Su madre le apretó la mano y sonrió con dulzura–. Has estado enferma, nada más. Has tenido mucha fiebre. Por eso te sientes fatal y un poco atontada. ¿Te acuerdas de lo que pasó ayer?

–No. –El día de ayer era un enorme agujero negro y Triss notó la sacudida del pánico. ¿Qué recordaba exactamente?

–Volviste a casa hecha una sopa. ¿Te acuerdas? –La cama chirrió cuando uno de los hombres se sentó en el borde. Tenía la cara alargada y fuerte, el entrecejo arrugado como si se concentrara en algo muy difícil y el pelo de un rubio mustio. Pero su voz era agradable, y Triss sabía que le dedicaba su mirada tierna, la que le reservaba solo a ella. Papá–. Creemos que te caíste en la Charcamacabra.

Al oír la palabra «Charcamacabra» a Theresa le entraron escalofríos, como si alguien le hubiese frotado el cuello con una piel de sapo.

–No... no me acuerdo... –Pugó por quitarse de la cabeza aquel pensamiento.

–No la presione –dijo otro hombre desde el pie de la cama. Era mayor; a través del halo de pelo canoso que le cubría la cabeza se adivinaba el cuero cabelludo rosado y sus cejas eran grises, pobladas e indómitas. En sus manos las venas tenían ese aspecto abultado y regordete propio de la gente mayor–. Ya se sabe, a los niños les gusta jugar junto al agua. La de veces que me habré caído en los arro-

yos cuando era niño. A ver, señorita, anoche le diste un susto de muerte a tus padres al aparecer sin saber quién eras y con una fiebre de caballo. Imagino que ahora los reconoces, ¿no?

Triss dudó y movió afirmativamente la cabeza dolorida. Ya sabía cómo olían. A ceniza de pipa y polvos faciales.

El médico asintió sabiamente y preguntó acompañando sus palabras con unos golpecitos en el pie de la cama:

–¿Cómo se llama el rey?

Triss dio un brinco; por un momento la embargó la confusión. Enseguida acudió obediente a su memoria el recuerdo de un cántico escolar. Un lord es rey, un rey es Jorge, un Jorge es quinto...

–Jorge V –contestó.

–Bien. ¿Y ahora dónde estamos?

–En la casa de piedra de Lower Bentling –respondió Triss cada vez más segura–. La del estanque con el martín pescador. –Reconoció el olor del lugar: paredes húmedas, el tufillo tenue de tres generaciones de gatos viejos y enfermos–. Hemos venido de vacaciones. Eh... venimos todos los años.

–¿Cuántos años tienes?

–Once.

–¿Y dónde vives?

–En The Beeches, Luther Square, Ellchester.

–Muy bien, pero que muy bien. –Le ofreció una sonrisa amplia y cálida, como realmente orgulloso de ella–. Has estado muy enferma; supongo que notarás como si tuvieras el cerebro forrado de guata, ¿no es así? Pues no te preocupes, en los próximos días tus ideas volverán adonde deben

estar, me atrevería a decir que con la cola entre las patas. Ya te sientes mejor, ¿no es así?

Triss asintió despacio. Ya no oía risas dentro de la cabeza. Percibía aún un frufú leve e irregular, pero al mirar hacia la ventana que tenía enfrente identificó enseguida la causa. Una rama baja, cargada de manzanas verdes, rozaba con sus hojas el vidrio cada vez que el viento la movía.

La luz entraba rota y fragmentada cual mosaico por la fronda. Incluso el dormitorio estaba tan verde como las hojas. Colcha verde sobre la cama, paredes verdes con pequeños rombos color crema, mesas de madera oscura cubiertas por manteles con esquinas escuadradas de un verde intenso. La luz de gas no estaba encendida, los blancos globos de los apliques lucían sombríos.

En ese momento, cuando echó un buen vistazo a su alrededor, notó en el dormitorio a una quinta persona merodear en la puerta. Era otra niña, más pequeña que Triss; el pelo negro y rizado la convertía casi en una versión en miniatura de mamá. Algo muy distinto se apreciaba en sus ojos, fríos y duros como los de un zorzal. La niña aferraba el picaporte de la puerta como si fuera a arrancarlo, movía sin cesar las mandíbulas estrechas, apretaba con fuerza los dientes.

Mamá echó un vistazo por encima del hombro siguiendo la mirada de Triss.

—Fíjate, Penny ha venido a verte. Pobre Pen, creo que no ha probado bocado desde que te pusiste enferma, la tenías muy preocupada. Pasa, Pen, ven y siéntate con tu hermana...

—¡No! —gritó Penny de un modo tan inesperado que todos dieron un brinco—. ¡Está fingiendo! ¿No te das cuenta?

¡Todo es mentira! ¿Es que nadie se da cuenta? –Clavó en la cara de Triss una mirada capaz de partir piedras.

–Pen –la llamó su padre en tono de advertencia–. Entra ahora mismo o...

–¡No! –Pen estaba furiosa y desesperada, los ojos desorbitados como si quisiera morder a alguien. Se apartó de la puerta. Sus pasos veloces la alejaron de allí, dejando atrás el eco.

–Deja que se vaya –sugirió el padre cuando la madre hizo ademán de levantarse–. Seguir la sería recompensarla con tu atención. ¿Recuerdas lo que dijeron?

Mamá suspiró desalentada y volvió a su sitio, obediente. Notó que Triss estaba sentada tan encogida que los hombros le tapaban las orejas y miraba hacia la puerta abierta. Estrechó su mano y le dijo:

–No le hagas caso. Ya sabes cómo es.

¿Ah, sí? ¿Sé cómo es?

Es mi hermana, Penny. Pen. Tiene nueve años. Y solía darle amigdalitis. Se le cayó el primer diente de leche cuando mordió a alguien. Tuvo un periquito, no lo limpiaba nunca y se le murió.

Dice mentiras. Roba. Le dan pataletas y tira cosas. Y...

... Y me odia. Me odia en serio. Lo veo en sus ojos. Y no sé por qué.

Mamá se quedó un rato junto a su cama y dejó que Triss la ayudara a cortar los patrones de un vestido usando las tijeras grandes, con los remates de carey, las que guardaba en el costurero que mamá insistía en llevarse de vacaciones. Los tijeretazos avanzaban despacio y emitían un crujido gutural, como saboreando cada centímetro.

Triss sabía que siempre le había encantado sujetar con alfileres el patrón al género e ir cortando y viendo las piezas de tela cobrar forma, erizadas de alfileres mientras sus bordes se iban deshilachando. Los patrones llevaban fotos de señoras en tonos pastel, unas con amplios abrigos y sombreros acampanados, unas con turbantes y vestidos largos que caían como tubos con borlas. Todas ellas posaban lánguidas, como a punto de bostezar del modo más elegante posible. Sabía que era un lujo que le permitiesen ayudar a su madre con la costura. Sabía que era lo que tocaba cuando estaba enferma.

Hoy, sin embargo, notaba las manos torpes. Las enormes tijeras le resultaban pesadísimas y no conseguía sujetarlas con firmeza, como si se rebelaran en su mano. Cuando estuvo a punto de cortarse los nudillos por segunda vez, su madre se las quitó.

–Todavía no estás del todo recuperada, ¿no es así, cariño? ¿Por qué no lees unas historietas? –En la mesilla de noche había unos ejemplares sobados de *Sunbeam* y *Golden Penny*.

Pero Triss no lograba concentrarse en las páginas que tenía delante. Ya había estado enferma antes, lo sabía. Muchas, muchas veces. Pero estaba segura de que nunca se había despertado tan, pero tan distraída.

¿Qué les pasa a mis manos? ¿Qué le pasa a mi cabeza? Quería contarle todo. Mamá, ayúdame, por favor, ayúdame, está todo muy raro, no hay nada en su sitio, y es como si tuviera la cabeza hecha de piezas y me faltaran algunas...

Quando trató de describir esa extrañeza, se estremeció de solo pensarlo. *Si se lo cuento a mis padres, pensó irracio-*

nalmente, *se preocuparán, y si se preocupan, será porque la cosa es grave. Pero si no lo hago, seguirán diciéndome que todo irá bien; entonces a lo mejor todo irá bien.*

–Mamá... –dijo Triss con un hilo de voz. Observó la pila de piezas de tela tendidas en la cama. Yacían heridas, mustias e indefensas—. No... me pasa nada malo, ¿verdad? No pasa nada... si no me acuerdo de algunas cosas de las vacaciones, ¿verdad?

Su madre examinó su cara con cuidado, y a Triss le sorprendió el azul de aquellos ojos, como las cuentas de cristal de su collar. Claros y frágiles, además, como las cuentas del collar. Era la suya una mirada amable y luminosa que, al menor cambio, podía teñirse de miedo.

–Ay, cariño mío, seguro que te acordarás de todo. Lo dijo el médico, ¿no? –Su madre terminó de sujetar una costura con alfileres, sonrió y se puso en pie—. Tengo una idea. ¿Por qué no repasas tu diario? A lo mejor te ayuda a recordar.

La madre de Triss sacó de debajo de la cama una maletita desteñida de cuero rojo con las letras TC grabadas en un rincón, y se la puso a Triss en el regazo.

Regalo de cumpleaños. Sé que le tengo mucho cariño a esta maleta y que la llevo a todas partes. Pero no recuerdo cómo funciona el cierre. Aunque tras unos cuantos intentos la maleta se abrió.

En su interior encontró cosas que reavivaron sus recuerdos, otras piezas más de las que Triss estaba formada. Prendas. Guantes. Otros guantes para días más fríos. Un ejemplar del poemario *Peacock Pie*. Unos polvos compactos, como los de su madre, pero más pequeños, con un es-

pejito en la tapa pero sin polvos. Y debajo de todo, un libro encuadernado en cuero azul.

Triss sacó el diario, lo abrió y soltó un gritito de sorpresa. Había llenado la mitad de las páginas del diario con su letra, unos garabatos apretados y cautelosos. Estaba segura. Pero habían arrancado esas páginas y dejado un ribete de papel raído que conservaba aquí y allá algún trazo, algún ringorrango de las palabras perdidas. Ante ella solo quedaban páginas en blanco. Su madre acudió al oír su grito y se limitó a echarle un rápido vistazo.

–Es increíble –murmuró al fin la madre de Triss–. De todas las travesuras tontas y malvadas esta es realmente el colmo. –Salió del dormitorio echa una furia–. ¿Pen? ¡Pen! –Triss oyó cómo subía las escaleras y luego sacudía el picaporte y la puerta se estremecía en el marco.

–¿Qué pasa? –preguntó su padre en lo alto de las escaleras.

–Pen, otra vez. Ha arrancado la mitad de las páginas del diario de Triss. Y la puerta no se abre. Creo que la ha bloqueado con algún mueble.

–Si quiere encarcelarse, déjala –contestó su padre–. Tarde o temprano tendrá que salir y afrontar las consecuencias. Y lo sabe. –Lo dijo bien alto y muy claro, supuestamente para que la atrincherada pudiera oírlo.

La madre de Triss volvió al dormitorio de la enferma.

–Lo siento mucho, ranita. En fin... a lo mejor escondió las páginas y podremos volver a pegarlas cuando las encontremos. –Se sentó en la cama, al lado de Triss, suspiró y miró dentro de la maletita–. Vaya... será mejor que comprobemos que no falta nada más.

Y resultó que faltaban más cosas. Habían desaparecido el cepillo de Triss, una foto donde salía en la playa montada en un burro y un pañuelo en el que había bordado su nombre.

—Sé que tenías esas cosas ayer por la tarde, antes del accidente —masculló la madre de Triss—. Estuviste escribiendo en el diario. Te ayudé a cepillarte el pelo. ¡Esta Pen! No sé por qué te atormenta así, cariño.

Ver el diario roto había hecho que a Triss le entrara el mismo frío y la misma sensación desagradable en la boca del estómago que le había dado al oír mencionar la Charcamabra. Tenía miedo y no sabía por qué, o no quería pensarlo. *Pero da igual, se dijo. Son cosas de Pen cuando se pone tonta y se porta mal.*

Triss supuso que tal vez debería estar enfadada, pero lo cierto era que el hecho de que sus padres se enfadaran por ella le resultaba reconfortante y familiar. Era como sentirse acunada dentro de la cáscara de una castaña de Indias, protegida por su interior peludito y suave y su exterior erizado de pinchos. Sus recuerdos le susurraban que era el orden natural de las cosas.

Ahora bien, si torcía la boca como si estuviera a punto de llorar, toda la familia se volcaría para tratar de compensarla... y aunque no era su intención, sintió que su cara empezaba a hacer pucheros.

—¡Ay, Triss! —Su madre la abrazó—. ¿Y si te traigo algo de comer? Hay sopa de champiñones, la que a ti te gusta, o pastel de carne y riñones, si te apetece un poco. ¿Y una gelatina? ¿O peras en lata? —A Triss se le encogió el estómago un poco más y comprendió que tenía un hambre de lobo.

Asintió.

La madre de Triss subió y llamó a la puerta de Pen en un intento por convencerla de que bajara a almorzar. Los gritos incoherentes de rechazo de Pen llegaron hasta el dormitorio de la hermana.

—... no pienso salir... no es real... sois todos unos tontos...

La madre de Triss bajó con el ceño levemente fruncido por la exasperación.

—Vaya terquedad la de Pen. Nunca la había visto rechazar la comida. —Miró a Triss con una sonrisa cansada—. Menos mal que tú no has salido tan tozuda como ella.

Resultó ser que a Triss le apetecía comer «algo más que un poco». En cuanto vio llegar en la bandeja el primer tazón de sopa acompañado de unos panecillos crujientes, empezaron a temblarle las manos. El cuarto desapareció a su alrededor. Cuando tuvo la bandeja sobre el regazo no pudo resistirse; partió los panecillos esparciendo las migas, se los metió en la boca y el pan comenzó a dar vueltas entre su lengua reseca y la trituradora de sus dientes. La sopa desaparecía tan pronto como la cuchara tocaba sus labios y Triss apenas notaba que quemaba. Presa de un frenesí, se zampó el pastel, las patatas y las zanahorias. Luego le tocó el turno a la gelatina, las peras y un buen trozo de tarta de almendras. Cuando se disponía a dar cuenta del resto de la tarta su madre la agarró de la muñeca.

—¡Triss, Triss! Cariño, me alegro de que hayas recuperado el apetito tan pronto, pero ya es suficiente, te sentará mal.

Triss la miró con los ojos brillantes llenos de asombro, y poco a poco el cuarto volvió a cobrar vida a su alrededor. No se sentía mal. Se sentía capaz de comerse un trozo de

tarta del tamaño de un hipopótamo. Sus manos cubiertas de migas seguían temblando; hizo un esfuerzo, se las limpió con la servilleta, entrelazó los dedos y las posó en su regazo para impedir que siguieran sirviéndose comida. En ese momento su padre se asomó a la puerta y cruzó una mirada con su madre.

–Celeste –dijo en voz baja, sin perder los nervios–, ¿podemos hablar un momento?

Lanzó una mirada en dirección a Triss y le sonrió con ternura. La madre arropó a Triss, recogió la bandeja, salió del cuarto y siguió al padre, llevándose consigo su calor, su consuelo y su aroma a polvos faciales. En cuanto la puerta se cerró, Triss notó de nuevo las punzadas del pánico. Algo en el tono de su padre despertó sus instintos.

¿Podemos hablar un momento? ¿Fuera del dormitorio para que Triss no te oiga?

Triss tragó saliva, apartó las mantas y se levantó. Notaba las piernas tíasas pero no tan débiles como cabía esperar; fue en silencio hasta la puerta y la entornó. Desde allí oyó voces en el salón.

–... y el inspector prometió preguntar en el pueblo, por si alguien la vio caer al agua. –Su padre tenía una voz profunda y agradable con un punto de ronquera que le recordaba a Triss la piel áspera de un animal–. Acaba de venir a hablar conmigo. Al parecer dos peones de la zona pasaban ayer por el prado comunal al caer el sol. No vieron señales de Triss cerca de la Charcamacabra, pero sí a dos hombres en la orilla del agua. Un tipo bajito con un sombrero hongo y otro más alto con un abrigo gris. Y en el camino cerca del prado comunal había un coche aparcado, Celeste.

–¿Cómo era el coche? –Su madre lo preguntó con el tono apagado de quien ya conoce la respuesta.

–Un Daimler grande, de color negro.

Siguió una larga pausa.

–No puede ser él. –La voz de su madre sonaba ahora aguda y agitada, como si sus tijeras fueran cortándole las palabras para hacerlas sonar breves y asustadas–. Quizá solo sea una coincidencia, en el mundo hay más de un Daimler...

–¿Por esta zona? En el pueblo apenas hay dos coches. ¿Quién podría permitirse tener un Daimler?

–¡Dijiste que se había terminado! –Al elevar el tono, la voz de su madre sonó alarmada, como el silbido del hervidor al hervir el agua–. Dijiste que cortarías todos los lazos con él...

–Dije que había terminado con él, y ya se habrá enterado si ha leído los diarios de esta semana. Pero quizá él no haya terminado conmigo.

Capítulo 2

Manzanas podridas

Al oír ruidos en el salón, Triss cerró la puerta con cuidado y se metió corriendo en la cama mientras la cabeza le daba vueltas como una hélice.

Crean que alguien me atacó. ¿Será eso lo que me pasó? Una vez más se esforzó, intentó hacer memoria y regresar a la Charcamacabra, pero no recordó nada, solo un temblor y un estremecimiento en su interior.

¿Quién sería ese «él» que habían mencionado sus padres, ese con el que su padre «había terminado»? Y si «él» era tan malvado, ¿a santo de qué debía su padre mantener «lazos» con él?

Todo aquello parecía sacado de una de esas películas policíacas que tanto le gustaban a Pen, de esas en las que los hombres buenos y honrados acababan enredándose con matones y gánsteres. ¡Pero seguro que su padre no podía estar metido en nada así! Fue pensarlo y a Triss le dio una punzada en el pecho. Estaba muy orgullosa de su

padre, más que de ninguna otra cosa en el mundo. Le encantaba ver cómo la gente enarcaba las cejas en señal de asombro cuando lo conocían.

¿Señor Piers Crescent? ¿El ingeniero civil que diseñó los puentes Tres Doncellas y la estación Mount? Encantado de conocerlo, es un honor, señor, ha hecho usted maravillas por nuestra ciudad.

Tener un famoso ingeniero civil como padre implicaba ver los planos de carreteras sobre la mesa durante el desayuno. Implicaba observar a su padre abrir cartas enviadas por la oficina del alcalde en relación con la construcción de un puente o los terrenos de los nuevos edificios públicos. Los diseños de su padre estaban cambiando el aspecto de Ellchester.

Triss dio un brinco cuando la puerta se abrió y entró su madre. Llevaba un poco más de polvo en las mejillas, señal inequívoca de que se había tomado un momento para calmarse y darse un retoque.

–He hablado con tu padre –anunció su madre como quien no quiere la cosa–, y creemos que deberíamos interrumpir las vacaciones y regresar a casa mañana mismo. Necesitas un entorno familiar para recuperarte.

–Mamá... –Triss vaciló; no quería reconocer que había estado escuchando a escondidas, así que recurrió a una solución intermedia–. Dejaste la puerta abierta y como había corriente, me levanté a cerrarla y entonces... oí que papá te decía que ayer por la tarde había alguien en la Charcama-cabra. –Triss agarró a su madre de la manga–. ¿Quién era?

Las manos de su madre se detuvieron un instante apenas perceptible y luego siguieron alisando la almohada.

—¡No era nadie, querida! Unos gitanos. Nada de lo que debas preocuparte.

¿Gitanos? ¿Con sombrero hongo y un Daimler?

Tal vez la angustia se reflejó en la cara de Triss, porque su madre se sentó en el borde de la cama, tomó sus manos entre las suyas y la miró a los ojos.

—Nadie querría hacerte daño, ranita mía —dijo muy seria—, y aunque quisiera, tu padre y yo jamás, jamás lo permitiríamos.

Sus palabras habrían sido reconfortantes si los cristalinos ojos azules no hubiesen brillado tanto. Cada vez que observaba esa frágil intensidad en el rostro de su madre, Triss sabía que pensaba en Sebastian.

Lo habían reclutado en febrero de 1918, poco después del sexto cumpleaños de Triss. Al terminar la guerra al final de ese mismo año, Triss recordaba que hubo celebraciones con banderas y sombreros, y aunque no sabía cómo cambiarían las cosas, sí sabía que Sebastian regresaría a casa. Después llegaron las noticias que confirmaron que Sebastian no regresaría, y durante un tiempo creyó confundidamente que las primeras noticias no eran ciertas, que la guerra no había terminado.

En cierto modo, no le había faltado razón. La guerra había terminado, pero no había desaparecido, sino que seguía en todas partes. Con Sebastian pasó lo mismo. Él había llegado a su fin, pero no se había ido. Su muerte había dejado una destrucción invisible. Su ausencia fue un agujero enorme que tiraba de todo. Incluso Pen, que apenas se acordaba de él, pasaba de puntillas por el borde de aquel agujero.

Poco después de terminada la guerra, Triss empezó a enfermar y, de un modo poco claro, supo que tenía que ver con Sebastian. A ella le correspondía el deber de enfermar. El deber de dejar que la cuidasen. Y en ese momento era su deber asentir.

Asintió.

–Así me gusta –dijo su madre mientras le acariciaba la mejilla.

Triss trató de sonreír. La conversación que había oído por casualidad seguía clavada en su cabeza.

–¿Mamá? Ya... he leído cien veces todas las historietas y los libros que tengo. ¿Me dejas... me dejas que lea el periódico de papá?

La madre fue a pedirle permiso al padre, y regresó con un ejemplar del *Ellchester Watchman*. Encendió las lámparas –cada uno de los globos de cristal soltó un bufido tranquilizador al iluminarse– y luego dejó a Triss a solas.

Triss abrió el periódico con cuidado sintiéndose una traidora por su engaño. ¿Qué había oído decir a su padre?

Dije que había terminado con él, y ya se habrá enterado si ha leído los diarios de esta semana.

De manera que en el periódico salía una noticia en la que el misterioso «él» podía enterarse de que su padre ya no quería saber nada de él. Si era así, entonces ella también podía verla.

Ya habían leído el periódico y se notaban los sitios donde la tinta se veía emborronada; Triss notaba que su mente afiebrada también parecía emborronada. Repasó un titular tras otro; en ocasiones tenía que leerlos varias veces porque no se enteraba de nada. En su mayoría eran aburridos. Artículos so-

bre los nuevos ómnibus que utilizarían en Ellchester siguiendo el modelo de los londinenses. Una foto granulada de una larga fila de hombres desempleados, las gorras encasquetadas, las caras hurañas. Un concurso de *whist* y gala danzante con el fin de reunir fondos para el hospital de la zona. Y en la quinta página se mencionaba a Piers Crescent, el padre de Triss.

No era muy interesante. Describía Meadowsweet, el nuevo barrio en el que trabajaba su padre, en las afueras de Ellchester, accesible mediante la nueva línea de tranvías. Salían unos diagramas que mostraban el resultado último, con las filas de casas en la ladera de una colina, frente al estuario del río Ell. El padre de Triss contribuía a diseñar los caminos, el nuevo lago para pasear en barca y a terraplenar la ladera de la colina. El artículo decía que ese proyecto era un «desvío» en la carrera de un ingeniero «más conocido por sus obras grandiosas e innovadoras». Pero el artículo no mencionaba que Piers Crescent se librara de contactos gansteriles, y Triss no pudo dejar de pensar que de haberlo hecho, probablemente el artículo habría salido en primera plana.

A lo mejor oí mal. A lo mejor me lo imaginé todo. A lo mejor... A lo mejor todavía no me he recuperado del todo.

Esa noche Triss no pudo pegar ojo. Observaba la llama titilante de las luces y las arañas color chocolate que cruzaban el techo. Cada vez que cerraba los ojos sentía que los sueños esperaban junto a la ratonera de su mente, dispuestos a atraparla en su suave boca de felino para llevarla adonde ella no quería ir.

De pronto el mundo se llenó de secretos y los notaba en el estómago como nudos. Tenía miedo. Estaba confundida.

Y hambrienta, demasiado hambrienta para dormirse. Y al cabo de un rato, demasiado hambrienta para pensar en otra cosa, para preocuparse por otra cosa. En varias ocasiones fue a agitar la campanita, pero luego recordaba la cara de preocupación de su madre al ver cómo se zampaba la cena, movida por un apetito voraz. *Ya es suficiente, ranita mía. No comerás hasta el desayuno, ¿estamos?*

¡Pero se moría de hambre! ¿Cómo iba a conciliar el sueño? Pensó en colarse en la cocina y asaltar la despensa. Notarían que faltaba comida, pero por un momento desesperado y poco digno se preguntó si no podría culpar del robo a Pen. No, Triss había rogado con tanta insistencia que le dieran más comida que sus padres sospecharían de ella sin dudar.

¿Qué podía hacer? Se sentó en la cama y se mordió las uñas. Dio un brinco cuando el viento agitó la fronda y la rama golpeó la ventana. Imaginó entonces la rama del árbol cubierta de hojas y cargada de manzanas...

La ventana llevaba años sin abrirse, pero Triss tiró del bastidor con mucha fuerza y, al subir, este desprendió vibraciones, una nube de polvo y pintura descascarillada. Entró una ráfaga de aire frío que agitó el periódico encima de la cama, pero Triss solo pensaba en las manzanas que se bamboleaban entre las hojas, relucientes bajo la suave luz de gas de las lámparas a su espalda. Las arrancó de un tirón, se las metió en la boca de una en una y sintió un alivio estremecido al masticarlas. Estaban verdes y tan ásperas que se le durmió la lengua, pero le dio igual. Poco después tenía enfrente las ramas desnudas, pero su apetito distaba de sentirse saciado; seguía siendo una sima abierta en su interior.

El dormitorio se encontraba en la planta baja, y no había nada más lógico, más necesario para Triss que subirse al alféizar y salvar de un salto el corto trecho hasta el suelo. El césped acolchado estaba cubierto de rocío claro. El frío le penetró en los pies, pero no le dio importancia.

Unas pocas ramas estaban a una altura que le permitieron arrancar la fruta, pero cuando quedaron desnudas, se puso a cuatro patas y rebuscó entre las manzanas caídas. Algunas llevaban poco tiempo en el suelo y apenas tenían magulladuras, pero otras, de color caramelo, estaban reventadas y agujereadas por los insectos. La pulpa se le deshacía entre los dedos cuando las recogía y se las metía en la boca. Las frutas tenían un sabor entre amargo y dulce y una consistencia pulposa y desagradable, pero no le importó.

Cuando por fin ya no quedaban manzanas podridas en la hierba, el ataque de hambre comenzó a menguar y Triss se percató de sus temblores, de los arañazos en las rodillas y del mal sabor de boca. Se puso en cuclillas y comenzó a boquear sin saber si era por las arcadas o por las ganas de llorar, al tiempo que con las manos temblorosas se limpiaba aquella capa agria y pegajosa de las mejillas, la barbilla y la lengua. No se atrevió a mirar las manzanas caídas a medio roer, no fuera a descubrir unos filamentos blancos retorciéndose en la pulpa.

Pero ¿qué me está pasando? Después de aquel atracón salvaje, sabía que otro ataque de hambre esperaba agazapado en alguna parte cual ola, dispuesto a pasarle por encima.

Con paso inseguro fue hasta el muro del jardín. Estaba medio derruido de tan viejo, y no fue muy complicado treparlo y sentarse en lo alto, con las rodillas entrechocando

bajo el camisón fino. Ante ella se extendía el camino de grava que pasaba cerca de la casa de campo. Lo siguió con la vista hasta la curva y lo vio estrecharse al bajar la colina cubierta de matas de hierba hasta llegar a la aldea lejana, formada apenas por un puñado de luces. Pero antes alcanzó a ver el triángulo del prado comunal de la aldea, ahora de un gris grafito bajo los rayos de la luna. Un poco más allá se estremecían las gráciles ramas de los sauces y detrás de ellos... una veta estrecha de un negro más profundo, como una costura abierta.

La Charcamacabra.

Sintió que se desmoronaba. A los pequeños parches y piezas de cómo ser Triss que había ido uniendo con tanto esmero a lo largo del día, se les estaban cayendo todos los alfileres a la vez.

En la Charcamacabra me pasó algo. Tengo que verlo. Tengo que recordarlo.

Bajó la colina por el atajo cubierto de montículos de hierba en lugar de seguir la amplia curva del camino. Los tallos afilados y los cardos le pinchaban las plantas de los pies y los tobillos a medida que descendía la cuesta irregular, pero ella solo pensaba en la Charcamacabra.

A cada paso la Charcamacabra se fue aproximando y haciendo más visible, negra como la perdición y estrecha como un ojo entreabierto. Se le aflojaron las rodillas, pero la cuesta parecía obligarla a seguir adelante espontáneamente. La Charcamacabra se hizo más y más grande, y cuando Triss llegó al prado comunal dejó de ser una hendidura en la tierra para transformarse en una laguna estrecha, lo bastante larga para engullir cuatro autobuses

enteros. Los sauces inclinaban sus largas cabelleras sobre las aguas y sus ramas se sacudían bajo la brisa como si sollozaran. Sobre la negra superficie Triss distinguió los blancos capullos de los nenúfares, como manitas que asomaran a la superficie.

De la maleza brotaban de vez en cuando crujidos y chasquidos. Pájaros. Seguro que eran pájaros. Seguro que no eran supuestos atacantes, ocultos entre los arbustos, esperando a que ella llegara, porque sabían de algún modo que no le quedaría más remedio que regresar...

Con paso inseguro cruzó el prado comunal y llegó a la orilla, donde se detuvo, y, por primera vez, notó realmente el frío. Siglos antes aquel lugar había sido utilizado para ahogar a las brujas. A ese lugar iban los suicidas para quitarse la vida.

En un punto de la orilla el barro aparecía pisoteado, excavado con los dedos, arrancadas sus matas de hierba. *Ahí fue donde conseguí salir. Tiene que ser ahí. Pero ¿por qué me caí?*

Confiaba en que si recuperaba allí sus recuerdos, estos le ofrecerían por fin una base sólida en la que sustentarse. Cuando los recuerdos llegaron no sintió alivio. Únicamente miedo y caída.

Triss rememoró una gélida oscuridad, el agua fría llenándole la nariz, la boca y la garganta. Creyó recordar que había mirado hacia arriba a través de unas tinieblas pardas y cambiantes, mientras sus piernas se agitaban despacio, y que allá arriba había visto dos siluetas oscuras, sus contornos desdibujados por el agua en movimiento. Dos siluetas de pie en la orilla, una más alta que la otra. Pero

otro recuerdo pugnaba por aflorar, algo que había ocurrido inmediatamente antes...

Ahí me pasó algo malo, algo que nunca debió ocurrir.

He cambiado de idea. Prefiero no recordar.

Demasiado tarde, ya estaba allí, y la Charcamacabra la observaba con su enorme ojo entrecerrado y sin luz, como si de un momento a otro fuera a abrirse de par en par y mirarla a la cara. El pánico aumentó hasta que su mente se cerró como un libro y el instinto tomó las riendas. Dio media vuelta y echó a correr, se alejó del agua, cruzó rauda el prado comunal y salió disparada colina arriba hasta la casa de campo, veloz y asustada como una liebre perseguida.